



**«El que me ha abierto a mí
los ojos...»
(Jn 9,30)**

La expresión aparece, en el Evangelio de Juan, en boca del ciego de nacimiento. «Abrir los ojos» tiene una fuerte carga de contenido iniciático que nos pone inmediatamente en relación con conceptos muy próximos a la experiencia de Oriente, como «iluminación» o «despertar» y con ese otro -«contemplación»- que nos es tan familiar en nuestra tradición occidental.

Si es cierto que es a Jesús a quien debemos el que nuestros ojos se abran, que salgamos de la ceguera y que podamos empezar a ver o a «contemplar», vale la pena que nos paremos a aclarar a qué contemplación nos referimos porque la palabra es peligrosa. Es cierto o que hay en ella una invitación a mirar en profundidad y a admirar gozosamente la vida y el mundo; pero también es cierto que sea por sus resonancias platónicas o por nuestra propia tendencia a escapar del esfuerzo y a pasar de largo ante las llamadas de lo concreto, el caso es que con demasiada frecuencia asociamos la contemplación con algo puramente pasivo o estético, o la reducimos a una experiencia sectorial de nuestro vivir. El concepto corre el riesgo de volverse esclerótico o de quedarse encerrado junto a palabras como «quietud», «serenidad», «silencio», etc., y llegamos a considerarla como privilegio de unos pocos y a reconocer nostálgicamente que esta muy bien, para los que han sido llamados a esa vida que denominamos «contemplativa» pero que queda fuera del alcance de la nuestra, tan ajetreada y cargada de problemas.

Y si no renunciamos totalmente a ella, tratamos de introducirla como con calzador en nuestro ritmo diario o semanalmente: le reservamos espacios que unas veces son verdaderamente experiencia contemplativa pero que otras muchas veces resultan sencillamente ser rato de descanso que exige nuestra psicología o el rincón estético que reclaman nuestros sentidos, hartos de ruido y de luces de neón.

Algo de eso se nos mezcla, a veces, en esos días anuales de retiro en los que cargamos nuestra mochila de experiencias monásticas y volvemos a la ciudad con la esperanza de que ese conjunto de vivencias -gregoriano, naturaleza, pájaros y surtidores en el claustro- sean la despensa de la que ir tirando a lo largo del año.

No estoy ridiculizado todo eso (admiro incondicionalmente la vida monástica y agradezco siempre poder pasar cada año unos días en algún monasterio); solamente pretendo ser lúcida y poner el nombre a cada cosa, sencillamente para no vivir en el engaño. Eso, por sí solo, no es más que un aspecto de la contemplación, y a lo mejor es necesario pero desde luego, parcial.

Resulta un poco la versión religiosa de esa fuga hacia adelante que se da en nuestras grandes ciudades las vísperas de puente o los viernes por la tarde: unos salen huyendo para sentarse a la sombra del pino de su parcela, y otros nos vamos en busca de la sombra del ciprés de Silos. Y es conveniente justo y saludable, pero solamente si no nos olvidamos de que lo que nos va a dar sombra cuando arrecie el calor no es el ciprés, sino el Espíritu, porque lo suyo es ser precisamente eso: «*in aestu temperies*».

Así lo vivió Israel en su largo éxodo: experimentaron la presencia de Yahve en aquella nube que les protegía en su caminar por el desierto: «cuando la nube se paraba, acampaban los hijos de Israel». (Núm 9,17). Yahvé era para ellos un Dios nómada a quien encontraban haciendo camino y que se mezclaba con su historia. Por eso, donde otros veían sólo cosas, Israel veía signos: el agua, el fuego, la luz, la roca, la tormenta, el alimento estaban marcados con la huella de la presencia de aquel que actuaba en su vida, que escuchaba su clamor y bajaba a liberarlos (Cf. Ex 3,7-8).

Más adelante, al entrar en la tierra y construir el templo, Israel sufre la gran tentación de encerrar a Dios en un espacio y un tiempo sagrados a los que acude con el culto y de los que sale tranquilizado hacia un mundo que ha quedado libre de la presencia inquietante de Dios y de sus preguntas- «¿Dónde estás?» (Gen 3,9), «¿Dónde está tu hermano?» (Gen 4,9).

Los profetas clamaron contra esta conducta, cuya gravedad más honda consiste en la sustitución del Dios vivo por un ídolo inerte que «tiene ojos y no ve, oídos y no oye» (Sal 115, 5-7).

Las equivocaciones de Israel las entendemos fácilmente; lo que, en cambio nos cuesta es abrirnos a la posibilidad de oír después de ellas: «Tú eres ese hombre» (2 Sam 12,7), y caer en la cuenta de que tenemos una tendencia alarmante a reproducir el mismo esquema de aquel pueblo: nuestra vida toma fácilmente un tono de profanidad satisfecha, y Dios se queda al margen de nuestras relaciones, de nuestros pequeños mercadillos y tráfico diarios; y cuando eso nos cansa, emprendemos el retorno hacia el templo con inciensos y novilunios, repitiendo incansablemente el ciclo.

Quizá es que nos faltan *modelos de identificación*. Tenemos demasiada fijación en la figura de María por oposición a la de su hermana Marta; y cuando pensamos en la veta contemplativa de Jesús, la asociamos sólo con sus escapadas de noche al monte para orar o con aquellos momentos en los que, en medio de la vida, levantaba los ojos al Padre para darle gracias o para hablarle familiarmente.

En cambio, estamos menos acostumbrados a considerar como contemplativo su gesto de echar del templo a los mercaderes o su costumbre de contar aquellos cuentos con final inesperado que muchos no acababan de entender.

Y es que el ser contemplativo de Jesús consistía, sobre todo, en *saber ver la vida como la veía Dios* y en descifrar su misterio desde la sabiduría que le comunicaba Alguien mayor a quien llamaba Padre. Eso nos ensancha el concepto de contemplación, nos rompe

las tapias de la huerta conventual en que la habíamos encerrado y nos la convierte en un parque público en el que todos estamos invitados a entrar. Entonces empezamos a entender que ser contemplativo es *entrar en contacto con la realidad como lo hacía Jesús*, y que eso tiene que ver, no sólo con el mirar, sino también con el escuchar, con el sentir, con el tocar, con el decir, con el callar...

Por eso llegan a convertirse en modelos de identificación el samaritano que miró de una manera tan auténticamente contemplativa al hombre caído en la cuneta que su corazón se conmovió, sus pies se acercaron al herido y sus manos se pusieron a curarlo; o aquel hombre entendido en perlas, que supo reconocer entre sus manos la que de verdad valía y vendió todo lo demás para comprarla.

Un universo de nuevas significaciones

A lo largo de todo el evangelio asistimos a una paciente relación educativa de Jesús con sus discípulos en la que trata de comunicarles su experiencia del Reino. Conmueve ver la «pedagogía experimental» con la que tantea, ensaya, provoca, busca comparaciones y ejemplos, echa mano de un sinfín de recursos para contagiarles su manera de ver la vida. Y es que sabía que ellos y nosotros necesitamos de todo eso, como necesitan los niños los hombros de su padre para ver desde ahí la cabalgata de Reyes o el paso de alguien importante que desde abajo no consiguen divisar.

Si aceptamos mirar desde ahí, desde esa sabiduría nueva lo que vemos no es un plus de misticismo que se añade a la vida, sino *la vida tal como es vista desde el Padre*. Por eso, ser contemplativo no es un lujo espiritual, sino la única manera posible de vivir en la verdad. Lo contrario de la contemplación no es eso que en la ascética tradicional llamábamos «activismo» sino algo mucho más grave: *el engaño*. Por eso, cuando Jesús devolvía la vista a los ciegos, el evangelio de Juan habla de «signos», porque, más allá de la curación física, lo que ocurría era que alguien salía de la oscuridad y de la mentira y empezaba a ver la realidad desde la verdadera luz.

Bautizarse en Jesús es sumergirse en esa luz y entrar en *un universo de nuevas significaciones*. La comunidad cristiana nos va iniciando poco a poco en ese código secreto que nos permite contemplar la vida de otra manera. Lo que ocurre es que, a veces, pasan los años, nos hacemos peritos, escribas o doctores en teología y hasta en lenguas bíblicas y, a pesar de ello, la lengua de Jesús sigue siéndonos desconocida. Y, en especial, seguimos resistiéndonos a usar como él *los adverbios y los adjetivos*.

- Nosotros llamamos estar *arriba* a ese prestigio que nos da el haber atrapado cualquier tarima, escalafón, podio o taburete que nos haga sobresalir por encima de los demás. En cambio, para Jesús, *arriba* está el publicano que no se atrevía a levantar los ojos del suelo (Lc 18,3); o la cananea que se contentaba, como los perrillos, con las migajas que caían debajo de la mesa de los señores (Mc 7,28); o Zaqueo, a quien todos miraban por encima del hombro (Lc 19,3).

- Nosotros nos sentimos *grandes* cuando infundimos respeto por nuestros conocimientos, nuestra categoría personal o nuestra cuenta corriente, pero Jesús parece reírse de ese tipo de grandeza, como se ríen los niños de los gigantes de cartón de las fiestas callejeras. Y se admira en cambio, de la grandeza oculta de toda esa gente «inferior» y «subalterna» que vive prestando servicio (cf. Mc 10,43) tan naturalmente como camareros que ignoran ser los verdaderos invitados de honor de la fiesta.

- También con el *más* y el *menos* nos hacemos un lío porque es difícil entender esas peculiares matemáticas tuyas según las cuales valían *más* los dos céntimos que echó en el cepillo del templo aquella viuda pobre que las grandes cantidades que echaban otros de lo que les sobraba (cf. Lc 21,1-4).

- Tampoco nos coinciden el *cerca / lejos* y el *dentro / fuera*: los fariseos (y fácilmente nosotros) se sentían *dentro* de la ley y, por lo tanto, *cerca* de Dios; pero resulta que los llamados al convite eran los que estaban fuera, perdidos por los caminos (cf Mt 22,9), y el que terminó gozando en el seno de Abraham fue Lazaro, el mendigo que había estado siempre a la intemperie, a la puerta del rico (cf. Lc 16, 19-31). También María Magdalena, el centurión o la samaritana y todo aquel gentío que le seguía estaban *fuera, como* ovejas sin pastor, al margen de la salvación de Israel. Y son precisamente éstos, los *últimos* de entonces y de ahora, los que para Jesús son los *primeros*.

Por eso nos quedamos con la versión «light» de la contemplación y preferimos que no nos lleve más allá de aprender o enseñar a relajarse, crear ambientes apropiados y encender velas delante de un icono. Y por eso todas las distintas pedagogías de oración aunque sean necesarias solo son cristianas cuando están integradas en lo otro, cuando son los espacios en los que nuestra ceguera congénita se hace *súplica* de una luz que no nos pertenece o *acción de gracias* exultante cuando, como a Jesús se nos revela algo de cómo es el mundo desde la mirada del Padre.

Tres verbos para conjugar

Aprender a contemplar ha sido una meta deseada por generaciones enteras de cristianos y nuestras bibliotecas están llenas de diccionarios, libros y revistas que nos hablan de ello. Sabemos lo importante que es la humildad, el recogimiento, el silencio interior, la purificación del corazón y la atención a la presencia de Dios. A todo eso me atrevo a añadir aquí *tres verbos* que aparecen entre líneas en el evangelio como condiciones de posibilidad para la contemplación: *sospechar*, *asombrarse* y *arriesgarse*.

SOSPECHAR puede resultarnos un verbo incómodo y tener para nosotros un contenido tirando a negativo. Sobre todo, si somos nosotros mismos y nuestras actitudes el objeto de la sospecha. Y, sin embargo, a Jesús, que siempre está animando y quitando miedos («¿Por que teméis?» [Mt 6,50]; «No andéis preocupados» [Lc 21,22]; «¡Ánimo, hijo!» [Mt 9,21]), no parece preocuparle demasiado abrir los ojos de los suyos y espabilar su vigilancia para que no se fabriquen una imagen falsa de sí mismos. No los trata como a «ciudadanos libres de toda sospecha», y se ve que le

parece bastante probable que ellos y nosotros vayamos por ahí tocando la trompeta cada vez que hacemos algo bueno (cf. Mt 6,2); o que, haciéndonos los distraídos, intentemos sentarnos en el mejor sitio del banquete (cf. Lc 14,7); o que sigamos empeñados en encontrar, por fin, esa aguja de ojo suficientemente grande como para que se cuele por él el camello de nuestras posesiones (cf. Lc 18,25).

Aquello de que «Jesús no se fiaba de ellos, porque los conocía... y sabía lo que hay en el hombre» (Jn 2,25) podrá gustarnos más o menos pero la afirmación no puede ser más clara. Lo que ocurre es que esa desconfianza suya estaba unida a una apuesta incondicional, por cada uno de esos hombres y mujeres en su situación concreta por mas cascada y apagada que estuviera. Por eso, a la vez que llamaba al reconocimiento abatido de su propia debilidad, les transmitía la seguridad de ser aceptados y queridos *precisamente así*, tal como eran.

Educar para la contemplación es ayudar, desde niños a perder el miedo a reconocer los propios fallos, a dejarse preguntar a relativizar las propias opiniones, a dejar que otros borren lo que hemos escrito o descosan nuestros respuntes. Y a consentir también que donde nosotros decimos «arriba, grande, más», Jesús corrija: «abajo, pequeño, menos». Sin esta actitud de *dejarse descentrar de la propia percepción*, nuestra contemplación no irá más allá del azogue del espejo en el que admiramos a nuestro propio personaje.

Y esto no es ascética moralista, sino camino único de posibilidad para hacernos dóciles al Espíritu, que está siempre empujándonos fuera de nuestro patio tan estrecho y queriendo sacarnos al espacio abierto, donde hay viento y sol. El aprendiz de contemplativo tendrá que irse acostumbrando a desdramatizar sus equivocaciones sus pequeños fracasos y ridículos, y a aceptar no ser mucho más que un puñado de polvo, como nos antes machaconamente cada cuaresma. Y saber también que un poco de agua y las pacientes manos del alfarero pueden convertir ese polvo en una vasija preciosa (pero no cerrarse a la sospecha de que, según se mire, a veces casi se parece más a un botijo de verbena ...).

ASOMBRARSE es algo característico del discípulo: sólo puede aprender el que tiene viva la receptividad y la capacidad de sorpresa, el que está dispuesto a dejarse des-concetar y des-quiciar, es decir, a poner en entredicho los propios conciertos y quicios. Hay que aceptar que aquel de quien se pensaba que había perdido el juicio (Mc 3,21) nos rompa el equilibrio. Hay que consentirle que irrumpa en el casillero polvoriento donde intentamos archivar su palabra entre sentencias de juiciosa prudencia y de sensatas componendas.

El asombro nos vacuna contra el virus que hace inofensivo el evangelio y que nos lleva a convertirlo en un conjunto de conocimientos bellos y pacíficos que se van acumulando en la memoria mientras la vida se queda a salvo.

«La belleza del desierto consiste en que esconde un pozo en algún lugar» decía A. de Saint-Exupéry; y el asombro es eso, andar por la vida como por un campo que oculta un tesoro o como por un camino en el que un desconocido puede juntarse con nosotros en cualquier momento y darse a conocer al partir el pan.

Ojo al día en que no nos sorprenda que alguien haya dicho- «¡Qué suerte tienen los perseguidos!» (Lc 6,22), o que la riqueza es de por sí, injusta, y lo único decente que se puede hacer con ella es hacerse amigos de aquellos que tienen asegurado el Reino (Lc 16,9). Si todo eso nos suena a sabido, mejor es que pidamos la excedencia como educadores de la fe y nos dediquemos a llevar la contabilidad de la parroquia. Por lo menos, hasta que se nos cure la memoria de esos «saberes».

Si importa tanto cuidar la capacidad de asombro como a la niña de nuestros ojos, es porque, gracias a ella, puede nuestra mirada parecerse a la de los niños. Y sólo entonces podemos entrar en relación con los demás de esa manera desprotegida y descalza que presente siempre en los otros algo que está más allá de la imagen que nos hemos formado de ellos.

Por eso, cuando la niña de los ojos se nos enturbia tenemos que ponernos, como Bartimeo, al borde del camino, dando voces para ser curados. Y la curación consiste en que se nos caen de los ojos las escamas del aburrimiento y la costumbre y empezamos a creernos, con sorpresa, que somos increíblemente queridos.

ARRIESGARSE a algo supone entrar en una relación especial con el tiempo: los minutos que dura la carrera de caballos, los segundos que tarda en pararse la bolita de la ruleta, el período más o menos largo que necesita para salir adelante o fracasar el proyecto en que hemos invertido nuestro esfuerzo, son medidas de *tiempo intenso*. Un tiempo al que hemos confiado algo que nos importa mucho.

En esa relación especial juega un papel importante la categoría de *aplazamiento*, y el riesgo consiste precisamente en eso, en apostar *ya en el presente* por un futuro que tiene toda la fragilidad de lo que aun no existe, de lo que no es demostrable ni manipulable. Las palabras de Jesús nos introducen en este extraño juego: por un lado, se refieren aun ahora concreto e inmediato: «Vende lo que tienes» (Mc 10,21), «Dichosos los no violentos» (Mt 5,4), «Tú eres Simón, hijo de Juan» (Mt 16,17), «Perdonad» (Lc 6,37); y suponen con toda naturalidad que aquellos a quienes van dirigidas se arriesgarán a cumplirlas, sin mas garantía que la que esa misma palabra les ofrece para el *futuro*: «Tendrás un tesoro en el cielo»; «ellos poseerán la tierra»; «Tú te llamarás Pedro»; «seréis perdonados».

Ser contemplativo es familiarizarse con esta «*ley de período largo*» del evangelio que cuenta con la lentitud con que la levadura va fermentando la masa o con la incomodidad de esperar hasta la siega para arrancar la cizaña. Y con el riesgo que supone ponerse a caminar sin bastón ni alforja porque sólo al final se revela que ahí estaba el secreto de la libertad.

El contemplativo acepta entrar en esa otra medida que Dios tiene del tiempo y se deja convencer de que no hay que andar agobiado por el mañana, de que lo que se siembra crece por su propio impulso, sin que uno ande levantándose a vigilarlo; y que, en cambio es por la llegada siempre imprevista del Hijo del hombre por lo que hay que estar alerta.

Aprender ese ritmo de Dios supone gastar tiempo en eso aparentemente tan poco eficaz, que llamamos *oración*, porque solo ahí aprendemos a acomodar nuestro paso al suyo. Y es que, desde que Adán se escondió porque tenía miedo de su presencia parece que anda Dios buscando a alguien que se arriesgue a caminar con él por el jardín, al este, en Edén. Y, por si lo que nos asusta es el bochorno, suele esperar a que refresque con el relente de la tarde...

Todo esto de *sospechar, asombrarse y arriesgarse*, es Jesús quien puede enseñarlo; pero es que él tuvo buena escuela: cuando empezó a hacerlo, llevaba treinta años viviendo junto a una *mujer contemplativa*, y también él supo guardar en su corazón el eco y el talante de lo que cantaba su madre. Por eso, cuando dice cómo hay que orar, pone como modelo a alguien que, como María, se ponía en el último lugar, y Dios miró su humillación como había mirado la de ella. Y enseña, en cambio, a *sospechar* de la falsa imagen de hombre, intachable que tenía el fariseo.

Su exclamación más explícitamente contemplativo, «Te doy gracias, Padre, porque has ocultado estas cosas a los entendidos y se las has revelado a la gente sencilla» (Mt 11,25), o la proclamación de las bienaventuranzas, resuenan ya en el *asombro* con que María canta las maravillas que Dios ha hecho con ella, tan pequeña y que, precisamente por ser mujer representa el no-poder, el no-saber, el estar en el margen. Por eso la llamarán dichosa todas las generaciones, y también porque ella es la gran creyente que se *arriesgó* a descubrir, *ya* en la opacidad de una historia dominada por los poderosos, el germen de algo nuevo que estaba a punto de estallar. María se decidió a poner su fe en Aquel que levanta a los humildes e invita a los hambrientos a saciarse en su banquete y a creer que los otros, los engreídos, los saciados, los de arriba («¡ay de vosotros!», les dirá Jesús) resultan ser los de *abajo* y los de *fuera*.

Nadie en Israel se había atrevido a ir tan lejos en la «*revolución de los adverbios*» como esta mujer de Galilea. De Nazaret había empezado a salir algo bueno.

Ayudas para abrir los ojos

Posiblemente nos surgirá la pregunta: ¿dónde aprender a ser contemplativos?

Pues depende de cómo ande nuestra fe en aquello de que no hay que llamar a nadie «maestro ni director, porque el Maestro es uno solo» (Mt 23,8-10). Si nos lo creemos a medias, acudiendo más que nada al director(a) espiritual o a cursillos, conferencias y libros.

Si nos lo vamos creyendo un poco más, a lo mejor también lo de arriba, pero además buscando al Maestro allí donde dijo que estaba: en medio de la gente que se reúne en su nombre. Por eso, donde hay una comunidad, un grupo de oración una reunión de creyentes, hay posibilidad de aprender a ser contemplativos. Porque ahí podemos recibir y darnos mutuamente el valor y la fuerza que necesitamos para mirar y afrontar la vida como lo hacía Jesús y ayudarnos unos a otros a erguirnos y a mirar hacia arriba, como hizo él con aquella mujer encorvada (L,c 13,10-17).

Esos espacios de encuentro, como también las instituciones educativas cristianas, tendrían que ser como el gancho del que se puede colgar el candil que alumbra a toda la casa y que permite contemplar, desde esa luz, todo lo que en nuestra sociedad es contrario al proyecto del Reino. Pero, para eso es urgente que esos espacios de encuentro y esas instituciones emprendan la tarea de ser «fermento» y no «cemento» que sean «palabra crítica» y no sólo «plataforma repetidora», y que se vayan haciendo capaces de acompañar el compromiso efectivo por la transformación de esa realidad, que es a consecuencia de la contemplación.

Pero, para hacer todo eso con otros, tenemos nosotros mismos que dejarnos quitar la venda que impide a nuestros ojos contemplar al Dios vivo y entregarnos a su causa en el mundo. Y eso sólo se consigue estando cerca de aquellos que son la mejor custodia de su presencia real: los que entre nosotros están desposeídos y dejados al margen, porque es en ellos donde se nos revela el rostro del Siervo. Y cuando él venga como Señor a enjugar todas las lágrimas se nos revelarán en plenitud los dos adverbios que esconden el secreto más estremecedor de la vida: que nuestros ojos, *ya aquí*, habían podido empezar a contemplarlo cara a cara.